

tarle cobardemente! ¿Estaría ella equivocada? ¿Debia arrepentirse de los sentimientos que su salvador le inspiraba hasta entonces? No lo sabía y temblaba. Le escuchaba aturdida, le miraba atónita, y á cada palabra que pronunciaba Magdalena sentía desvanecerse en su interior las horribles tinieblas del ódio y nacer en su corazón un no sé qué consolador é inefable, algo como alegría, confianza y amor.

En cuanto salió Javert, Magdalena se volvió hácia Fantina y la dijo con voz lenta, con frase trabajosa y como hombre grave que no quiere llorar:

—Os he escuchado y os aseguro que no sabía nada de lo que habeis referido. Creo y comprendo que habeis dicho la verdad. Ignoraba también que no estuviérais ya en mis talleres. Pero, ¿por qué no os habeis dirigido á mí? Ya que lo sucedido no se puede remediar, pagaré vuestras deudas y haré venir á vuestra hija ó ireis vos misma á buscarla. Vivireis aquí ó en París, donde queráis. Me encargo de vos y de vuestra hija; no trabajareis más si no quereis; os daré el dinero que os haga falta. Volvereis á ser honrada, y por lo tanto feliz; á pesar de que, si es cierto lo que me habeis referido, y lo creo, no habeis dejado de ser virtuosa y santa á los ojos de Dios.

La esperanza de tan inesperada felicidad no podían resistirla las agotadas fuerzas de Fantina. Vivir con Cosette! Dejar la vida infame y repugnante! ¡Vivir libre, rica, dichosa y honrada con su hija! ¡Ver desarrollarse de súbito estas realidades portentosas en medio de su miseria! La desventurada jóven miró atolondrada al hombre que se las ofrecía, y solo pudo prorumpir en sollozos. Dobláronse sus piernas y cayó de rodillas delante de Magdalena, antes que éste pudiera impedirlo; el alcalde sintió que Fantina le cogía la mano y que posaba en ella los labios.

En seguida se desmayó.

LIBRO SEXTO

Javert.

I.

Principio del reposo.

Magdalena hizo transportar á Fantina á la enfermería que tenía en su propia casa y la confió á las Hermanas de la Caridad, que la metieron en cama. Fantina fué acometida de una fuerte calentura, y pasó casi toda la noche delirando y hablando en alta voz; pero al fin acabó por dormirse.

Despertó al día siguiente al medio día: al oír respirar cerca de su cama, separó las cortinas y vió que el señor Magdalena estaba allí, derecho y mirando algo por encima de su cabeza. Sus miradas eran de angustia, de piedad y de fervor suplicante; siguió Fantina la dirección de ellas y vió que se fijaban en un crucifijo que había suspendido en la pared.

Magdalena se había transfigurado á los ojos de Fantina. Parecía absorbido en oración y rodeado de una aureola de luz. Le contempló largo rato sin atreverse á interrumpirle, y por fin, tímidamente, le preguntó:

—¿Qué haceis ahí?

Hacia una hora que Magdalena estaba allí esperando que se despertase Fantina. La cogió la mano, la pulsó y la dijo:

—¿Cómo estais?

—Bien, contestó ella; he dormido y creo que estoy mejor. Esto no será nada.

Magdalena respondió entonces á la primera pregunta de la enferma, como si la acabara de oír.

—Oraba al mártir que está allá arriba... Y añadió mentalmente: Por la mártir que está aquí abajo.

Magdalena pasó la noche y la mañana tomando informes de Fantina, y lo sabía todo. Conocía los dolorosos pormenores de la vida de la jóven.

—Habeis padecido mucho, pobre madre, la dijo. Pero no os quejeis, pues recibisteis la dote de los elegidos. De este modo los hombres convierten en ángeles á sus semejantes, pero no es culpa suya, porque no saben obrar de otro modo. El infierno de donde salís es la primera

forma del cielo, y era preciso empezar por ella.

Fantina suspiró profundamente.

Javert escribió aquella noche una carta, y él mismo la depositó en el correo de Montreuil-sur-Mer. Era para París, é iba dirigida al señor Chabouillet, secretario del prefecto de policía. Como se había divulgado la noticia de lo ocurrido en el cuerpo de guardia por toda la población, la mujer encargada de la estafeta y otras personas que vieron dicha carta antes de salir de allí, y que conocieron la letra de Javert, se figuraron que enviaba en ella su dimisión.

Magdalena se apresuró á escribir á los Thenardier. Fantina les debía veinte francos; les envió trescientos, diciéndoles que se cobrasen de esta cantidad y que enviaran inmediatamente la niña á Montreuil-sur-Mer, desde donde su madre, que estaba enferma, la reclamaba.

Esta cantidad deslumbró á Thenardier, y dijo á su mujer:

—Diablo! No hay que soltar la chica.

Esta Alondra nos vá á dar el producto de una vaca de leche. Presumo que algún memo se habrá enamorado de la madre.

Contestó Thenardier enviando una cuenta de quinientos y pico de francos, muy bien ideada. En ella ascendían á más de trescientos francos dos documentos incontestables; el recibo del médico y el del boticario, que habían asistido y medicinado en dos largas enfermedades á Eponina y á Azelma. Porque, como dijimos, Cosette no había estado enferma, pero lo arreglaron así sustituyendo los nombres, y Thenardier puso debajo del recibo general: *Recibido á cuenta, trescientos francos.*

Magdalena remitió en seguida otros trescientos francos, y escribió diciéndole al bodegonero: "Enviad en seguida á Cosette."

—Pardiez, cuánto dinero! exclamó Thenardier. No hay que soltar la chica!

Fantina, no restablecida aun, continuaba en la enfermería.

Al principio las Hermanas de la Caridad recibieron y cuidaron con desconfianza á aquella "soltera". Quien haya visto los bajo-relieves de Reims recordará lo abultado del labio inferior de las vírgenes prudentes que miran á las vírgenes locas. El antiguo desprecio de las vestales hácia las meretrices es uno de los instintos más profundos de la dignidad femenina, y en las Hermanas de la Caridad se despertó con la severidad que

le añade la religión; pero Fantina las desarmó á los pocos días, empleando con ellas las palabras más tiernas y más humildes y su elocuencia de madre. Un día, en medio de su calentura, las Hermanas le oyeron decir lo siguiente:

—Aunque he sido pecadora, si llego á tener conmigo á mi hija será señal de que Dios me ha perdonado. Mientras fui mala no quise tener conmigo á Cosette, porque no hubiera podido soportar sus miradas asombradas y tristes. Y sin embargo, por ella, solo por ella, me dediqué á deplorable vida; por esto creo que Dios me perdonará. Recibiré la bendición de Dios cuando ella esté á mi lado. La miraré y me consolaré ver su inocencia. Es un ángel y nada sabe, hermanas mías. A su edad aun no se han caído las alas.

Magdalena visitaba á Fantina dos veces diarias, y ella le preguntaba cada vez:

—Veré pronto á Cosette?

—Quizás mañana. Espero que llegue de un momento á otro, le contestaba Magdalena.

En la pálida fisonomía de Fantina brillaba la esperanza.

—Oh, cuán feliz voy á ser! exclamaba.

Acabamos de decir que no se restablecía; al contrario, su estado era más grave cada día. La nieve que la echaron sobre los dos omoplatos había producido supresión repentina de transpiración, y en seguida, la tisis, que tenía latente durante muchos años, acabó por estallar con violencia. Principiábase á seguir entonces en el estudio y el tratamiento de las enfermedades del pecho las indicaciones de Laënnec. El médico consultó á Fantina y movió tristemente la cabeza.

—¿Qué opinais? le preguntó Magdalena.

—No tiene una hija que desea ver?

—Sí.

—Pues que apesure su venida.

El señor Magdalena se estremeció, y á su vez le preguntó Fantina:

—¿Qué ha dicho el médico?

—Ha dicho que venga pronto vuestra hija, que esto os devolverá la salud, contestó Magdalena, esforzándose por sonreír.

—Tiene razón, repuso ella. ¿Pero cómo es que los Thenardier no me envían á mi hija? Oh, vá á venir! Por fin seré dichosa.

Thenardier "no soltaba la niña", alegrando para ello mil pretextos: ya que Cosette estaba delicada para ponerse en

camino en invierno, ya que se le habían de abonar pequeñas deudas de alimentos y de otras cosas de primera necesidad, cuyos recibos estaba reuniendo, etcétera, etc.

—Enviaré alguno que traiga á Cosette, y si es preciso iré yo mismo.

Magdalena escribió la siguiente carta, que hizo dictar y firmar á Fantina:

“Señor Thenardier:

Entregareis mi hija Cosette al dador. Se os pagarán todas esas deudillas. Recibid mis efectos.

FANTINA.”

Entre tanto surgió un incidente grave. En vano tallamos y labramos lo mejor que podemos el bloque misterioso de nuestra vida, porque la vena negra del destino reaparece siempre.

II.

De cómo Juan puede convertirse en Champ.

Una mañana, en la que el señor Magdalena estaba en su gabinete ocupado en arreglar de antemano algunos asuntos apremiantes de la alcaldía, por si le precisaba ir á Montfermeil, entraron á decirle que el inspector de policía Javert deseaba hablarle. Al oír pronunciar su nombre, Magdalena recibió desagradable impresion. Desde la cuestion que tuvieron, Javert huía de él más que nunca y no le había vuelto á ver.

—Que entre, dijo.

Javert entró.

Magdalena permaneció sentado cerca de la chimenea, con la pluma en la mano y la vista sobre un legajo que estaba hojeando y anotando, que contenía las actas de varias contravenciones á la policía urbana. No se movió cuando entró Javert. Se acordaba de la pobre Fantina y se mostraba glacial con el inspector. Este saludó respetuosamente al alcalde, que le daba las espaldas y que, sin mirarle, continuaba anotando el legajo.

El polizonte dió tres pasos en el gabinete y se paró sin romper el silencio.

El fisonomista que se hubiese familiarizado con el carácter de Javert y que hubiese estudiado mucho tiempo á este salvaje, puesto al servicio de la civilizacion, compuesto extraño de romano, de espartano, de fraile y de cabo de escuadra, espía incapaz de una mentira, polizonte virgen, si hubiese sabido la secreta y antigua aversion con que miraba á Magdalena y el conflicto que tuvo con él respecto á Fantina, hubiera dicho, al

examinarle en aquel momento: ¿qué ha pasado aquí? Para el fisonomista que le conociese era evidente que Javert acababa de experimentar gran conmocion interior, porque su rostro reflejaba siempre el estado de su alma. Como todos los hombres violentos, estaba sujeto á bruscas variaciones, y nunca su fisonomía se presentó tan extraña, ni tan inesperada. Al entrar se inclinó ante el señor Magdalena, mirándole sin rencor, sin cólera y sin desconfianza; se detuvo algunos pasos detrás del sillón que ocupaba el alcalde y allí permaneció en pié, en actitud casi militar, con la rudeza ingenua y fria del hombre que nunca fué suave y que siempre fué paciente; esperaba sin decir palabra, sin hacer un movimiento, con verdadera humildad, con resignacion tranquila á que el alcalde se dignase volver la cabeza, sereno, grave, con el sombrero en la mano, con la vista baja, con la expresion intermedia entre la que guarda el soldado delante del oficial y la que conserva el reo delante del juez. Tanto los sentimientos como los recuerdos que hubieran podido atribuírsele se habían borrado en él: en su semblante, impenetrable como el granito, solo se descubria lúgubre tristeza.

Al cabo de un rato Magdalena dejó la pluma, y volviendo la cabeza, dijo:

—¿Qué sucede? ¿qué quereis de mí, Javert?

Javert permaneció un instante más silencioso y como meditando; luego dijo con triste solemnidad, que sin embargo no excluía la sencillez:

—Vengo á deciros, señor alcalde, que se ha cometido una accion culpable.

—¿Qué accion es esa?

—Un agente inferior de la autoridad ha faltado al respeto debido á un magistrado del modo más grave. Cumpliendo con mi deber, vengo á ponerlo en vuestro conocimiento.

—¿Quién es ese agente? preguntó Magdalena.

—Yo, contestó Javert.

—Vos!...

—Yo!

—¿Y quién es el magistrado á quien agravó el agente?

—Vos, señor alcalde.

Magdalena se incorporó en el sillón. Javert continuó hablando gravemente y con los ojos fijos en el suelo:

—Vengo á pedir, señor alcalde, que propongais á la superioridad mi destitucion.

Magdalena, estupefacto, abrió la boca.

—Me replicareis que puedo presentar mi dimision; pero esto no basta. Falté y deben castigarme, deben destituirme.

Después de una pausa, añadió Javert:

—Señor alcalde, el otro día fuisteis severo conmigo injustamente. Sedlo hoy con justicia.

—¿Qué galimatías es ese, señor Javert? Qué es lo que quereis decir? ¿Qué acto culpable cometisteis contra mí? ¿En qué habeis delinquido? ¿Os acusais y quereis ser reemplazado?...

—Destituido.

—No comprendo por qué.

—Os lo explicaré y lo comprendereis.

Javert suspiró desde lo hondo de su pecho y continuó hablando con la misma frialdad y tristeza:

—Hace seis semanas, señor alcalde, que, á consecuencia de la cuestion que tuvimos por aquella jóven, me encolericé y os denuncié.

—Me denunciasteis!

—Sí, á la Prefectura de la Policía de Paris.

Magdalena, que habitualmente aun reía menos que el inspector, soltó la risa.

—¿Como alcalde que usurpaba las atribuciones de la policía? le preguntó.

—No, como antiguo presidiario.

El alcalde se puso lívido. Javert prosiguió sin levantar la vista del suelo:

—Yo así lo creía. Hace algun tiempo que tenia esa idea. Vuestra semejanza con él, las indagaciones que habeis practicado en Faverolles, vuestra fuerza extraordinaria, vuestra destreza en el tiro, vuestra pierna que cojea un poco... qué sé yo! Tonterías!... Pero el caso es que os tomé por Juan Valjean.

—Juan... cómo decís que se llama?

—Juan Valjean: un presidiario que yo conocia hace veinte años, cuando yo era ayudante de comité en Tolon. Cuando salió del presidio dicho Juan Valjean parece que robó á un obispo, y después robó á mano armada y en despoblado á un muchacho saboyano. Hace ocho años que está oculto y se ha perdido su pista, aunque se le persigue... Yo me figuré... En fin... ya está hecho. La cólera me impulsó y os denuncié á la Prefectura.

El señor Magdalena, que había vuelto á tomar el legajo del expediente, preguntó con acento de perfecta indiferencia:

—¿Qué os respondieron en la Prefectura?

—Que estaba loco.

—Y á eso qué contestais?

—Que tienen razon.

TOMO II.

—Bueno es que no lo dudeis.

—No puedo dudar, porque se ha encontrado al verdadero Juan Valjean.

El pliego de papel que tenia en la mano el señor Magdalena le cayó; levantó la cabeza, miró fijamente á Javert y exclamó, con inexplicable entonacion:

—Ah!

Javert continuó:

—Os referiré lo ocurrido, señor alcalde. En las cercanías de Ailli-le-Haut-Clocher parece que habitaba un pobre hombre, llamado Champmathieu. Era muy miserable. Nadie le hacia caso. Esas gentes no se sabe de qué viven. Este otoño Champmathieu fué detenido por un robo de manzanas en... no importa dónde; el hecho es que hubo robo con escalamiento de una pared y con la fractura de algunas ramas de árboles. Le detuvieron cuando aun llevaba las ramas en la mano y le metieron en la cárcel. Hasta aquí no fué más que asunto correccional, pero luego vino lo providencial. El mal estado de la prision hizo que el juez dispusiese trasladar á Champmathieu á la cárcel provincial de Arras. Allí sufría la condena un antiguo presidiario, que se llamaba Brevet, preso por no sé qué delito, pero que le habían nombrado calabocero del interior, porque se portaba muy bien. Apenas vió allí á Champmathieu empezó á decir: —Calla! yo conozco á ese hombre! hemos sido compañeros de colegio. ¡Mirame, compadre! Tú eres Juan Valjean!—Yo no conozco á semejante hombre, contestó el compadre, haciéndose el desentendido.—No te hagas el bobo, añadió Brevet; eres Juan Valjean y has estado en el presidio de Tolon hace veinte años. Estuvimos allí juntos.—Champmathieu continuó negando, pero se hicieron averiguaciones, y hé aquí lo que resultó. Se descubrió que dicho preso hace treinta años era podador en Faverolles y en otros puntos; pero allí se pierden sus huellas, y solo se supo que algun tiempo después se encontraba en Auvernia y luego en Paris, en donde dice que había sido carretero y que tuvo una hija que era lavandera, pero eso no está bien probado. Se sabe, por último, que vivia en el referido pais donde robó las manzanas. Ahora bien: antes de ir á presidio por robo consumado, ¿qué era Juan Valjean? Podador. De dónde? De Faverolles.—Otro hecho. El nombre de pila de Valjean era Juan, y el apellido de su madre Mathieu. Nada más natural que

al salir de presidio, para ocultarse, tomase el apellido de la madre y se llamase Juan Mathieu. Pasó despues á la Auvernia, y la pronunciacion del pais cambia el Juan en Chan, y se llama Champmathieu. Nuestro hombre adopta esta modificacion y se transforma en Champmathieu. No es esto evidente? Tómanse informes en Faverolles. La familia de Juan Valjean ha desaparecido. Nadie sabe qué es de ella. Por más que se indaga nada se descubre, y como el principio de esta historia data de más de treinta años, ya no hay nadie en Faverolles que conozca á Juan Valjean. Se piden informes á Tolon. Además de Brevet, solo quedan ya dos presidiarios que hayan visto á Juan Valjean, y éstos condenados á cadena perpétua, y se llaman Cochepaille y Chenildieu. Los sacan del presidio y los hacen comparecer; los ponen delante de Champmathieu y tambien le reconocen. Para ellos, como para Brevet, es Juan Valjean. Tiene la misma edad, cincuenta y cuatro años; la misma estatura, el mismo aspecto, es el mismo hombre. Durante este careo precisamente envié mi denuncia á la Prefectura de Paris, y me respondieron que habia perdido el juicio, porque Juan Valjean estaba en Arras en poder de la justicia. Comprended cuál seria mi asombro, cuando yo creia tener á mi lado á Juan Valjean. Escribo al juez de la causa. Me hace comparecer. Me presentan á Champmathieu...

—Y qué? preguntó interrumpiéndole Magdalena.

—Señor alcalde, la verdad siempre se debe confesar; aquel hombre es sin disputa Juan Valjean. Yo mismo le conocí.

—Estais seguro? le preguntó Magdalena en voz baja.

—Oh, seguro! contestó Javert, que se echó á reir con la risa dolorosa que expresa conviccion profunda. Permaneció un momento pensativo, tomando y soltando maquinalmente con los dedos puñaditos de arenilla en la salvadera de la escribanía que estaba sobre la mesa, y añadió:

—Despues que he visto al verdadero Juan Valjean, no comprendo cómo he podido creer otra cosa. Os pido perdon, señor alcalde.

Al dirigir Javert esta frase suplicante á aquel á quien seis semanas antes le humilló en plena oficina de policia, diciéndole:—“Salid de aquí”, hablaba con sencillez y dignidad.

El señor Magdalena, en vez de contestarle, le hizo esta brusca pregunta:

—Y qué dice ese hombre?

—Señor alcalde, ese asunto presenta mal cariz para él. Si es Juan Valjean, es reincidente. Escalar una pared, tronchar un árbol y robar manzanas, es una travesura en un niño, es un delito en un hombre y es un crimen en un presidiario. Escalamiento y robo al mismo tiempo; esto ya no pertenece al tribunal correccional, sino á la Audiencia, y no se castigará con algunos dias de prision, sino con presidio para toda la vida. Además, ha de responder del robo del saboyano. Cáspita! hay mucha tela cortada, ¿no es cierto? para otro que no fuera Juan Valjean, pero éste es muy ladino. Tambien le reconozco en esto. Otro en su lugar, al verse cerca del fuego, se agitaria y gritaria como grita el puchero cerca de la lumbre, y no querria ser Juan Valjean. Pero él parece que no comprenda lo que le acumulan y se limita á decir: “Yo soy Champmathieu...”. Está como asombrado y embrutecido. Representa muy bien ese papel; pero lo mismo dá, porque pruebas cantan. Fué reconocido por cuatro personas y será condenado. La causa está ya en el tribunal de Arras y yo tengo que deponer en ella como testigo; ya me han citado.

Magdalena estaba ya inclinado sobre la mesa-escritorio repasando el legajo del expediente con la tranquilidad del hombre atareado.

Volviéndose hácia Javert, le dijo:

—Basta, Javert; nada me importan todos esos detalles. Estamos perdiendo el tiempo y hay que despachar asuntos urgentes. Teneis que ir en seguida á casa de la tia Bureaupied, que vende yerbas en la esquina de la calle de Saint-Saulve. Le direis que presente su queja contra el carretero Pedro Chesnelong, que es un hombre brutal y por poco no atropella á esa mujer y á su hijo. Hay que castigar al carretero. Desde allí os dirigireis á casa el señor Charcellay, calle de Montrede-Chapigny, que se queja de una canal de la casa vecina que vierte en la suya el agua cuando llueve y le socava los cimientos. Despues os informareis de las faltas de policia que me han denunciado en las calles que tengo aquí apuntadas, y tomareis acta de lo que sea cierto. Creo que os doy demasiada tarea... Vais á ausentaros? Me dijisteis que teniais que ir á Arras á declarar sobre ese proceso dentro de ocho ó diez dias...

—Mucho antes, señor alcalde.

—Qué dia, pues?

—Mañana se verá esa causa, y yo debo marcharme de aquí en la diligencia esta noche.

Magdalena hizo imperceptible movimiento.

—Cuánto tiempo durará ese proceso? le preguntó.

—Un dia todo lo más. La sentencia se pronunciará mañana por la noche lo más tarde, pero yo no esperaré el fallo; en cuanto preste la declaracion regresaré.

—Está bien, contestó el alcalde, y despidió á Javert con un movimiento de mano. Este no se movió.

—Perdonad, señor, le dijo.

—Qué más teneis que decirme?

—Tengo que recordaros una cosa.

—Qué?...

—Que debo ser destituido.

Magdalena se puso en pié y le dijo:

—Javert, sois un hombre de honor y os aprecio. Exagerais vuestra falta; además, de que esta ofensa solo á mí me concierne. Mereceis ascender, no que os destituyan, y os aconsejo que conserveis vuestro empleo.

Javert miró á Magdalena, y en el fondo de sus miradas parecia reflejarse su conciencia poco ilustrada, pero rígida y casta, y dijo con tranquilo acento:

—Señor alcalde, no puedo acceder á eso.

—Os repito que ese asunto solo á mí me incumbe.

Javert, fijo siempre en su propósito, continuó hablando de este modo:

—En cuanto exagerar, no exagero. Oid cómo raciono. Sospeché de vos injustamente. En esto no hay nada de particular, puesto que tenemos la obligacion de sospechar, aunque puede haber abuso con respecto á los superiores. Pero en un acceso de cólera, y sin pruebas, os denuncié como á presidiario, á vos, que sois un hombre respetable, un alcalde, un magistrado. Esto es gravísimo, porque ofendí á la autoridad en vuestra persona, yo, que soy agente de la autoridad. Si uno de mis subordinados hiciera lo que yo hice, le declararia indigno de desempeñar su cargo y le destituiria. Una palabra más, señor alcalde. Con frecuencia, durante mi vida, fui severo con los demás, pero obraba bien, porque era justo; si ahora no fuese severo conmigo mismo, mi justicia anterior la convertiria en injusticia. No debo tratarme yo mejor que traté á los demás. ¿Serví para castigar á los otros y no

serviria para castigarme á mí mismo? Entonces seria un miserable, y los que me llamasen “el bribon Javert”, tendrian razon para decírmelo. No deseo que me trateis con bondad, señor alcalde; vuestra bondad me ha dado muy malos ratos cuando la gastábais con los otros y no la quiero para mí. La bondad que consiste en dar la razon á una mujer pública contra un ciudadano, al agente de policia contra el alcalde, al inferior contra el superior, es una bondad de mal género; con ella se desorganiza la sociedad. Ser buenos es fácil, lo difícil es ser justos. Si vos fuérais en realidad un presidiario, yo no hubiera sido bueno para vos; ya lo hubiérais visto! Debo tratarme como trato á los demás. Al castigar á los malhechores, al perseguir á los tunantes, siempre me he dicho:—“Mira no tropees, porque si caes no deben tenerte compasion...” Tropecé y caí en falta. Qué remedio! Deben destituirme, expulsarme. Trabajaré dedicándome á lo que pueda. La conveniencia del servicio exige que se haga conmigo un escarmiento. Pido, pues, la destitucion del inspector Javert.

Pronunció el anterior parlamento con acento humilde, firme, convencido y desesperado; lo dotaba de cierta rara grandeza aquel hombre extraño.

—Eso ya lo veremos, le contestó Magdalena, y le tendió la mano.

Javert retrocedió y dijo con acento salvaje:

—Perdon, señor, pero eso no debe ser. El alcalde no debe dar la mano á un soplón.

Luego añadió entre dientes:

—A un soplón, porque desde el momento en que abusé de mi cargo me convertí en espía.

Saludó profundamente y se dirigió hácia la puerta; desde ésta se volvió hácia el alcalde y le dijo:

—Continuaré desempeñando mi cargo hasta que venga el que me reemplace.

Despues salió.

Magdalena quedó pensativo, oyendo resonar los pasos firmes de Javert, que se iba alejando por el corredor.